

“La maldita cosa”

Ambrose Bierce

Capítulo I: No siempre se come lo que está sobre la mesa

A la luz de una vela de sebo colocada en un extremo de una rústica mesa, un hombre leía algo escrito en un libro. Era un viejo libro de cuentas muy usado y, al parecer, su escritura no era demasiado legible porque a veces el hombre acercaba el libro a la vela para ver mejor. En esos momentos la mitad de la habitación quedaba en sombra y sólo era posible entrever unos rostros borrosos, los de los ocho hombres que estaban con el lector. Siete de ellos se hallaban sentados, inmóviles y en silencio, junto a las paredes de troncos rugosos y, dada la pequeñez del cuarto, a corta distancia de la mesa. De haber extendido un brazo, cualquiera de ellos habría rozado al octavo hombre que, tendido boca arriba sobre la mesa, con los brazos pegados a los costados, estaba parcialmente cubierto con una sábana. Era un muerto.

El hombre del libro leía en voz baja. Salvo el cadáver todos parecían esperar que algo ocurriera. Una serie de extraños ruidos de desolación nocturna penetraba por la abertura que hacía de ventana: el largo aullido innombrable de un coyote lejano; la incesante vibración de los insectos en los árboles; los gritos extraños de las aves nocturnas, tan diferentes del canto de los pájaros durante el día; el zumbido de los grandes escarabajos que vuelan desordenadamente, y todo ese coro indescifrable de leves sonidos que, cuando de golpe se interrumpe, creemos haber escuchado sólo a medias, con la sospecha de haber sido indiscretos. Pero nada de esto era advertido en aquella reunión; sus miembros, según se apreciaba en sus rostros hoscos con aquella débil luz, no parecían muy partidarios de fijar la atención en cosas superfluas.

Sin duda alguna eran hombres de los alrededores, granjeros y leñadores.

El que leía era un poco diferente; tenía algo de hombre de mundo, mundano, aunque su indumentaria revelaba una cierta relación con los organismos de su entorno. Su ropa apenas habría resultado aceptable en San Francisco; su calzado no era el típico de la ciudad, y el sombrero que había en el suelo a su lado (era el único que no lo llevaba puesto) no podía ser considerado un adorno personal sin perder todo su sentido. Tenía un semblante agradable, aunque mostraba una cierta severidad aceptada y cuidada en función de su cargo. Era el forense. En virtud de su oficio era que se hallaba en posesión del libro que estaba leyendo. Había sido encontrado entre los efectos personales del muerto, en su cabaña, la misma en la que se desarrollaba la investigación.

Una vez que el forense terminara su lectura se guardó el libro en el bolsillo interior de la chaqueta. En ese instante la puerta se abrió y entró un joven. Se apreciaba claramente que no había nacido ni se había educado en la montaña: iba vestido como la gente de la ciudad. Su ropa, sin embargo, estaba llena de polvo, ya que había galopado mucho para asistir a aquella reunión.

Solamente el juez le hizo un breve saludo.

—Lo esperábamos —dijo—. Es necesario acabar con este asunto esta misma noche.

—Lamento haberlos hecho esperar —dijo el joven, sonriendo—. Me marché, no para eludir su citación, sino para enviar a mi periódico un relato de los hechos como el que supongo quiere usted oír de mí.

El juez sonrió.

—Ese relato tal vez difiera del que va a hacernos aquí bajo juramento.

—Como usted guste —replicó el joven un tanto acaloradamente y enrojeciendo visiblemente—. Aquí tengo una copia de la información que envié a mi periódico. No fue escrito como noticias, porque resultaría increíble, sino como ficción. Puede formar parte de mi testimonio bajo juramento.

Literatura Norteamericana

—Pero usted dice que es increíble.

—Eso no es asunto suyo, señor; si también juro que es cierto.

El juez permaneció en silencio durante un rato, con la cabeza inclinada. El resto de los asistentes charlaba en voz baja sin apartar la mirada del rostro del cadáver. Al cabo de unos instantes el juez alzó la vista y dijo:

—Continuemos con la investigación.

Los hombres se quitaron los sombreros y el joven prestó juramento.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó el juez.

—William Harker.

—¿Edad?

—Veintisiete años.

—¿Conocía usted al difunto Hugh Morgan?

—Sí.

—¿Estaba usted con él cuando murió?

—Sí, muy cerca.

—Y ¿cómo ocurrió eso...? su presencia, quiero decir.

—Había venido a visitarlo para ir a cazar y a pescar. Parte de mi propósito era, sin embargo, estudiarlo a él y a su extraño modo de vida solitaria. Parecía un buen modelo para un personaje de ficción. A veces escribo cuentos.

—Y yo a veces los leo.

—Gracias.

—Cuentos en general, no me refería sólo a los suyos.

Algunos de los presentes se rieron. Contra un fondo oscuro, el humor muestra sus luces. Los soldados ríen con facilidad en los intervalos de la batalla, y un chiste en la capilla mortuoria nos conquista por sorpresa.

—Cuéntenos las circunstancias de la muerte de este hombre —dijo el juez—. Puede utilizar todas las notas o apuntes que desee.

El joven comprendió. Sacó un manuscrito del bolsillo de su chaqueta y, tras acercarlo a la vela, pasó las páginas hasta encontrar el pasaje que buscaba. Entonces empezó a leer.

Capítulo II: Lo que puede ocurrir en un campo de avena silvestre

“...apenas había amanecido cuando abandonamos la casa. Íbamos en busca de codornices, cada uno con su escopeta, y nos acompañaba un perro. Morgan dijo que la mejor zona estaba detrás de un cerro, que señaló, y que cruzamos por un sendero rodeado de arbustos. Al otro lado el terreno era bastante llano y espesamente cubierto de avena silvestre. Cuando salimos de la maleza Morgan iba unas cuantas yardas por delante de mí. De repente oímos, muy cerca, a nuestra derecha y también enfrente, el ruido de un animal que se revolvía con violencia entre unas matas.

“—Es un ciervo —dije—. Ojalá hubiéramos traído un rifle.

“Morgan, que se había parado a examinar los arbustos, no dijo nada, pero había gatillado los dos cañones de su escopeta y se disponía a disparar. Parecía algo excitado y esto me

Literatura Norteamericana

sorprendió, pues era célebre por su sangre fría, incluso en momentos de súbito e inminente peligro.

“—Vamos —dije—. No vas a rellenar un ciervo de perdigones, ¿no?”

“No contestó, pero cuando volvió su rostro apenas hacia mi lado me quedé impresionado por su expresión tensa. Comprendí entonces que teníamos entre manos un asunto serio, y lo primero que pensé fue que nos habíamos topado con un oso. Gatillé mi escopeta y avancé junto a Morgan.

“Los arbustos ya no se movían y el ruido había cesado, pero mi amigo observaba el lugar con la misma atención.

“—Pero ¿qué pasa? ¿Qué diablos es? —le pregunté.

“—¡Esa Maldita Cosa! —contestó sin volverse. Su voz sonaba ronca y extraña. Estaba temblando.

“Iba a decir algo cuando vi que la avena silvestre que había en torno al lugar se movía de un modo inexplicable. No sé cómo describirlo. Parecía como movida por una ráfaga de viento que no sólo la doblaba sino que la presionaba hacia abajo, la aplastaba tanto que no se levantaba; y aquel movimiento se acercaba lentamente hacia nosotros.

“Nada de lo que hubiera alguna vez visto me había afectado de manera tan extraña como este fenómeno insólito e inenarrable. Recuerdo —y lo saco a colación porque, cosa bastante rara, me vino en ese momento a la memoria— que una vez, al mirar distraídamente por una ventana abierta, confundí momentáneamente un arbolito cercano como perteneciente a un grupo de árboles mucho más grandes que estaban más lejos. Parecía del mismo tamaño que éstos, pero al estar más clara y marcadamente definido en sus detalles, no armonizaba con el resto. Fue una simple falsificación de la ley de la perspectiva aérea, pero me sobresaltó casi aterrorizándome. Confiamos tanto en el buen funcionamiento de las leyes naturales que su suspensión aparente nos parece una amenaza para nuestra seguridad, una advertencia de alguna calamidad impensable. Del mismo modo, aquel movimiento de la maleza, al parecer sin causa, y su aproximación lenta e inexorable resultaban inquietantes. Mi compañero estaba realmente asustado; apenas pude dar crédito a mis ojos cuando le vi arrimarse la escopeta al hombro y vaciar los dos cañones contra el cereal en movimiento. Antes de que el humo de la descarga hubiera desaparecido oí un grito feroz —un alarido como el de una bestia salvaje— y vi que Morgan tiraba su escopeta y, a todo correr, desaparecía de aquel lugar. En ese mismo instante fui arrojado al suelo por el impacto de algo que el humo ocultaba —una sustancia blanda y pesada que me embistió con gran fuerza.

“Cuando me puse de pie y recuperé mi escopeta, que me había sido arrebatada de las manos, oí a Morgan gritar como si agonizara. A sus gritos se unían aullidos feroces, como cuando dos perros luchan entre sí. Completamente aterrorizado, me incorporé con gran dificultad y dirigí la vista hacia el lugar por el que mi amigo había desaparecido. ¡Que Dios me libre de otro espectáculo como aquél! Morgan estaba a unas treinta yardas; tenía una rodilla en tierra, la cabeza, con su largo cabello revuelto, descoyuntada espantosamente hacia atrás, y era presa de unas convulsiones que zarandeaban todo su cuerpo. Su brazo derecho estaba levantado y, por lo que pude ver, había perdido la mano. Al menos yo no la veía. El otro brazo había desaparecido. A veces, tal como ahora recuerdo aquella escena extraordinaria, no podía distinguir más que una parte de su cuerpo; era como si hubiera sido parcialmente borrado (ya sé, es extraño, pero no sé expresarlo de otra forma) y al cambiar de posición volviera a apreciarse de nuevo en su totalidad.

“Debió de ocurrir todo en unos pocos segundos, durante los cuales Morgan adoptó todas las posturas posibles del obstinado luchador que es derrotado por un peso y una fuerza superiores. Yo sólo lo veía a él y no siempre con claridad. Durante el incidente soltaba gritos y

profería maldiciones acompañadas de unos rugidos furiosos como nunca antes había oído salir de la garganta de un hombre o una bestia.

“Permanecí en pie por un momento sin saber qué hacer, hasta que decidí tirar la escopeta y correr en ayuda de mi amigo. Creí que estaba sufriendo un ataque o una especie de colapso. Antes de llegar a su lado, lo vi caer y quedar inerte. Los ruidos habían cesado pero volví a ver, con un sentimiento de terror como jamás había experimentado, el misterioso movimiento de la avena que se extendía desde la zona pisoteada en torno al cuerpo de Morgan hacia los límites del bosque. Sólo cuando hubo alcanzado los primeros árboles, aparté la vista de aquel insólito fenómeno y miré a mi compañero. Estaba muerto.”

Capítulo III: Un hombre, aunque esté desnudo, puede estar hecho jirones

El juez se levantó y se acercó al muerto. Tiró de un extremo de la sábana y dejó el cuerpo al descubierto. Estaba desnudo y, a la luz de la vela, mostraba un color amarillento. Presentaba unos grandes hematomas de un azul oscuro, causados sin duda alguna por las contusiones, y parecía que lo habían golpeado en el pecho y los costados con un garrote. Había unas horribles heridas y tenía la piel desgarrada, hecha jirones.

El juez llegó hasta el extremo de la mesa y desató el nudo que sujetaba un pañuelo de seda por debajo de la barbilla hasta la parte superior de la cabeza. Al retirarlo vimos lo que tenía en la garganta. Los miembros del jurado que se habían levantado para ver mejor lamentaron su curiosidad y volvieron la cabeza. El joven Harker fue hacia la ventana abierta y se inclinó sobre el alféizar, a punto de vomitar. Después de cubrir de nuevo la garganta del muerto, el juez se dirigió a un rincón de la habitación en el que había un montón de prendas. Empezó a coger una por una y a examinarlas mientras las sostenía en alto.

Estaban destrozadas y rígidas por la sangre seca. El resto de los presentes prefirió no hacer un examen más exhaustivo. A decir verdad, ya habían visto este tipo de cosas antes. Lo único que les resultaba nuevo era el testimonio de Harker.

—Señores —dijo el juez—, estas son todas las pruebas que tenemos. Ya saben su cometido; si no tienen nada que preguntar, pueden salir a deliberar.

El presidente del jurado, un hombre de unos sesenta años, alto, con barba y toscamente vestido, se levantó y dijo:

—Quisiera hacer una pregunta, señor. ¿De qué manicomio se ha escapado este último testigo?

—Señor Harker —dijo el juez con tono grave y tranquilo—; ¿de qué manicomio se ha escapado usted?

Harker enrojeció de nuevo pero no contestó, y los siete individuos se levantaron y abandonaron solemnemente la cabaña uno tras otro.

—Si ha terminado ya de insultarme, señor —dijo Harker tan pronto como se quedó a solas con el juez—, supongo que puedo marcharme, ¿no es así?

—En efecto.

Harker avanzó hacia la puerta y se detuvo con la mano en el picaporte. Su sentido profesional era más fuerte que su amor propio. Se volvió y dijo:

—Ese libro que tiene ahí es el diario de Morgan, ¿verdad?. Debe de ser muy interesante porque mientras prestaba mi testimonio no dejaba de leerlo. ¿Puedo verlo? Al público le gustaría...

—Este libro tiene poco que añadir a nuestro asunto —contestó el juez mientras se lo guardaba—; todas las anotaciones son anteriores a la muerte de su autor.

Literatura Norteamericana

Al salir Harker, el jurado volvió a entrar y permaneció en pie en torno a la mesa en la que el cadáver, cubierto de nuevo, se perfilaba claramente bajo la sábana. El presidente se sentó cerca de la vela, sacó del bolsillo lápiz y papel y redactó laboriosamente el siguiente veredicto, que fue firmado, con más o menos esfuerzo, por el resto:

—Nosotros, el jurado, consideramos que el difunto encontró la muerte al ser atacado por un puma, aunque alguno cree que sufrió un colapso.

Capítulo IV: Una explicación desde la tumba

En el diario del difunto Hugh Morgan hay ciertos apuntes interesantes que pueden tener valor científico. En la investigación que se desarrolló junto a su cuerpo el libro no fue citado como prueba porque el juez consideró que podría haber confundido a los miembros del jurado. La fecha del primero de los apuntes mencionados no puede apreciarse con claridad por estar rota la parte superior de la hoja correspondiente; el resto expone lo siguiente:

«...corría describiendo un semicírculo, con la cabeza vuelta hacia el centro, y de pronto se detenía y ladraba furiosamente. Al final echó a correr hacia el bosque a gran velocidad. En un principio pensé que se había vuelto loco, pero al volver a casa no encontré otro cambio en su conducta que no fuera el lógico del miedo al castigo.»

«¿Puede un perro ver con la nariz? ¿Es que los olores impresionan algún centro cerebral con imágenes de las cosas que los producen?»

«2 sep. Anoche, mientras miraba las estrellas en lo alto del cerco que hay al este de la casa, vi cómo desaparecían sucesivamente, de izquierda a derecha. Se apagaban una a una por un instante, y en ocasiones unas pocas a la vez, pero todas las que estaban a un grado o dos por encima del cerco se eclipsaban totalmente. Fue como si algo se interpusiera entre ellas y yo, pero no conseguí verlo pues las estrellas no emitían suficiente luz para delimitar su contorno. ¡Uf! Esto no me gusta nada...»

Faltan tres hojas con los apuntes correspondientes a varias semanas.

«27 sep. Ha estado por aquí de nuevo. Todos los días encuentro pruebas de su presencia. Me he pasado la noche otra vez vigilando en el mismo puesto, con la escopeta cargada. Por la mañana sus huellas, aún frescas, estaban allí, como siempre. Podría jurar que no me quedé dormido ni un momento —en realidad apenas duermo. ¡Es terrible, insoportable! Si todas estas asombrosas experiencias son reales, me voy a volver loco; y si son pura imaginación, es que ya lo estoy.»

«3 oct. No me iré, no me echará de aquí. Esta es mi casa y mi tierra. Dios aborrece a los cobardes...»

«5 oct. No puedo soportarlo más. He invitado a Harker a pasar unas semanas. Él tiene la cabeza en su sitio. Por su actitud podré juzgar si me cree loco.»

«7 oct. Ya encontré la solución al misterio. Anoche la descubrí de repente, como por revelación. ¡Qué simple, qué horriblemente simple!»

«Hay sonidos que no podemos oír. A ambos extremos de la escala hay notas que no hacen vibrar ese instrumento imperfecto que es el oído humano. Son muy agudas o muy graves. He visto cómo una bandada de mirlos ocupan la copa de un árbol, de varios árboles, y cantan todos a la vez. De repente, y al mismo tiempo, todos se lanzan al aire y emprenden el vuelo. ¿Cómo pueden hacerlo si no se ven unos a otros? Es imposible que vean el movimiento de un jefe. Deben de tener una señal de aviso o una orden, de un tono superior al estrépito de sus trinos, que es inaudible para mí. He observado también el mismo vuelo simultáneo cuando todos estaban en silencio, no sólo entre mirlos, sino también entre otras aves como las perdices, cuando están muy distanciadas entre los matorrales, incluso en pendientes opuestas de una colina.»

Literatura Norteamericana

«Los marineros saben que un grupo de ballenas que se calienta al sol o juguetea sobre la superficie del océano, separadas por millas de distancia, se zambullen al mismo tiempo y desaparecen en un momento. La señal es emitida en un tono demasiado grave para el oído del marinero que está en el palo mayor o el de sus compañeros en cubierta, que sienten la vibración en el barco como las piedras de una catedral se conmueven con el bajo del órgano.»

«Y lo que pasa con los sonidos, ocurre también con los colores. A cada extremo del espectro luminoso el químico detecta la presencia de los llamados rayos 'actínicos'. Representan colores —colores integrales en la composición de la luz— que somos incapaces de reconocer. El ojo humano también es un instrumento imperfecto y su alcance llega sólo a unas pocas octavas de la verdadera 'escala cromática'. No estoy loco; lo que ocurre es que hay colores que no podemos ver.»

«Y, Dios me ampare, ¡la Maldita Cosa es de uno de esos colores!»

The Damned Thing

Ambrose G. Bierce

Chapter I One Does Not Always Eat What Is On The Table

By the light of a tallow candle which had been placed on one end of a rough table a man was reading something written in a book. It was an old account book, greatly worn; and the writing was not, apparently, very legible, for the man sometimes held the page close to the flame of the candle to get a stronger light on it. The shadow of the book would then throw into obscurity a half of the rooms, darkening a number of faces and figures; for besides the reader, eight other men were present. Seven of them sat against the rough log walls, silent, motionless, and the room being small, not very far from the table. By extending an arm any one of them could have touched the eighth man, who lay on the table, face upward, partly covered by a sheet, his arms at his sides. He was dead.

The man with the book was not reading aloud, and no one spoke; all seemed to be waiting for something to occur; the dead man only was without expectation. From the bland darkness outside came in, through the aperture that served for a window, all the ever unfamiliar noises of night in the wilderness — the long nameless note of a distant coyote; the drone of great blundering beetles, and all that mysterious chorus of small sounds that seem always to have been but half heard when they have suddenly ceased, as if conscious of an indiscretion. But nothing of all this was noted in that company; its members were not overmuch addicted to idle interest in matters of no practical importance; that was obvious in every line of their rugged faces — obvious even in the dim light of the single candle. They were evidently men of the vicinity — farmers and woodsmen.

The person reading was a trifle different; one would have said of him that he was of the world, worldly, albeit there was that in his attire which attested a certain fellowship with the organisms of his environment. His coat would hardly have passed muster in San Francisco; his foot—gear was not of urban origin, and the hat that lay by him on the floor (he was the only one uncovered) was such that if one had considered it as an article of mere personal adornment he would have missed its meaning. In countenance the man was rather prepossessing, with just a hint of sternness; though that he may have assumed or cultivated, as appropriate to one in authority. For he was a coroner. It was by virtue of his office that he had possession of the book in which he was reading; it had been found among the dead man's effects — in his cabin, where the inquest was now taking place.

When the coroner had finished reading he put the book into his breast pocket. At that moment the door was pushed open and a young man entered. He, clearly, was not of mountain birth and breeding: he was clad as those who dwell in cities. His clothing was dusty, however, as from travel. He had, in fact, been riding hard to attend the inquest.

The coroner nodded; no one else greeted him.

"We have waited for you," said the coroner. "It is necessary to have done with this business to—night."

The young man smiled. "I am sorry to have kept you," he said. "I went away, not to evade your summons, but to post to my newspaper an account of what I suppose I am called back to relate."

The coroner smiled.

"The account that you posted to your newspaper," he said, "differs, probably, from that which you will give here under oath."

Literatura Norteamericana

"That," replied the other, rather hotly and with a visible flush, "is as you please. I used manifold paper and have a copy of what I sent. It was not written as news, for it is incredible, but as fiction. It may go as part of my testimony under oath."

"But you say it is incredible."

"That is nothing to you, sir, if I also swear that it is true."

The coroner was silent for a time, his eyes upon the floor.

The men about the sides of the cabin talked in whispers, but seldom withdrew their gaze from the face of the corpse. Presently the coroner lifted his eyes and said: "We will resume the inquest."

The men removed their hats. The witness was sworn.

"What is your name?" the coroner asked.

"William Harker."

"Age?"

"Twenty—seven."

"You knew the deceased, Hugh Morgan?"

"Yes."

"You were with him when he died?"

"Near him."

"How did that happen — your presence, I mean?"

"I was visiting him at this place to shoot and fish. A part of my purpose, however, was to study him and his odd, solitary way of life. He seemed a good model for a character in fiction. I sometimes write stories."

"I sometimes read them."

"Thank you."

"Stories in general — not yours."

Some of the jurors laughed. Against a sombre background humour shows high lights. Soldiers in the intervals of battle laugh easily, and a jest in the death chamber conquers by surprise.

"Relate the circumstances of this man's death," said the coroner. "You may use any notes or memoranda that you please."

The witness understood. Pulling a manuscript from his breast pocket he held it near the candle and turning the leaves until he found the passage that he wanted began to read.

Chapter II What May Happen In A Field Of Wild Oats

"...The sun had hardly risen when we left the house. We were looking for quail, each with a shotgun, but we had only one dog. Morgan said that our best ground was beyond a certain ridge that he pointed out, and we crossed it by a trail through the chaparral. On the other side was comparatively level ground, thickly covered with wild oats. As we emerged from the chaparral Morgan was but a few yards in advance. Suddenly we heard, at a little distance to our right and partly in front, a noise as of some animal thrashing about in the bushes, which we could see were violently agitated.

"'We've started a deer,' I said. 'I wish we had brought a rifle.'"

Literatura Norteamericana

"Morgan, who had stopped and was intently watching the agitated chaparral, said nothing, but had cocked both barrels of his gun and was holding it in readiness to aim. I thought him a trifle excited, which surprised me, for he had a reputation for exceptional coolness, even in moments of sudden and imminent peril.

"'Oh, come,' I said. 'You are not going to fill up a deer with quailshot, are you?'

"Still he did not reply; but catching sight of his face as he turned it slightly toward me I was struck by the intensity of his look. Then I understood that we had serious business in hand, and my first conjecture was that we had 'jumped' a grizzly. I advanced to Morgan's side, cocking my piece as I moved.

"The bushes were now quiet and the sounds had ceased, but Morgan was as attentive to the place as before.

"'What is it? What the devil is it?' I asked.

"'That Damned Thing!' he replied, without turning his head. His voice was husky and unnatural. He trembled visibly.

"I was about to speak further, when I observed the wild oats near the place of the disturbance moving in the most inexplicable way. I can hardly describe it. It seemed as if stirred by a streak of wind, which not only bent it, but pressed it down — crushed it so that it did not rise; and this movement was slowly prolonging itself directly toward us.

"Nothing that I had ever seen had affected me so strangely as this unfamiliar and unaccountable phenomenon, yet I am unable to recall any sense of fear. I remember — and tell it here because, singularly enough, I recollected it then — that once in looking carelessly out of an open window I momentarily mistook a small tree close at hand for one of a group of larger trees at a little distance away. It looked the same size as the others, but being more distinctly and sharply defined in mass and detail seemed out of harmony with them. It was a mere falsification of the law of aerial perspective, but it startled, almost terrified me. We so rely upon the orderly operation of familiar natural laws that any seeming suspension of them is noted as a menace to our safety, as warning of unthinkable calamity. So now the apparent causeless movement of the herbage and the slow, undeviating approach of the line of disturbance were distinctly disquieting. My companion appeared actually frightened, and I could hardly credit my senses when I saw him suddenly throw his gun to his shoulder and fire both barrels at the agitated grain! Before the smoke had cleared away I heard a loud savage cry — a scream like that of a wild animal — and flinging his gun upon the ground Morgan sprang away and ran swiftly from the spot. At the same instant I was thrown violently to the ground by the impact of something unseen in the smoke — some soft, heavy substance that seemed thrown against me with great force.

"Before I could get upon my feet and recover my gun, which seemed to have been struck from my hands, I heard Morgan crying out as if in mortal agony, and mingling with his cries were such hoarse, savage sounds as one hears from fighting dogs. Inexpressibly terrified, I struggled to my feet and looked in the direction of Morgan's retreat; and may Heaven in mercy spare me from another sight like that! At a distance of less than thirty yards was my friend, down upon one knee, his head thrown back at a frightful angle, hatless, his long hair in disorder and his whole body in violent movement from side to side, backward and forward. His right arm was lifted and seemed to lack the hand — at least, I could see none. The other arm was invisible. At times, as my memory now reports this extraordinary scene, I could discern but a part of his body; it was as if he had been partly blotted out — I cannot otherwise express it — then a shifting of his position would bring it all into view again.

"All this must have occurred within a few seconds, yet in that time Morgan assumed all the postures of a determined wrestler vanquished by superior weight and strength. I saw nothing but him and not always distinctly. During the entire incident his shouts and curses were heard, as

if through an enveloping uproar of such sounds of rage and fury as I had never heard from the throat of man or brute!

"For a moment only I stood irresolute, then throwing down my gun I ran forward to my friend's assistance. I had a vague belief that he was suffering from a fit, or some form of convulsion. Before I could reach his side he was down and quiet. All sounds had ceased, but with a feeling of such terror as even these awful events had not inspired I now saw again the mysterious movement of the wild oats, prolonging itself from the trampled area about the prostrate man toward the edge of a wood. It was only when it had reached the wood that I was able to withdraw my eyes and look at my companion. He was dead."

Chapter III A Man Though Naked May Be In Rags

The coroner rose from his seat and stood beside the dead man. Lifting an edge of the sheet he pulled it away, exposing the entire body, altogether naked and showing in the candle—light a clay—like yellow. It had, however, broad maculations of bluish black, obviously caused by extravasated blood from contusions. The chest and sides looked as if they had been beaten with a bludgeon. There were dreadful lacerations; the skin was torn in strips and shreds.

The coroner moved round to the end of the table and undid a silk handkerchief which had been passed under the chin and knotted on the top of the head. When the handkerchief was drawn away it exposed what had been the throat. Some of the jurors who had risen to get a better view repented their curiosity and turned away their faces. Witness Harker went to the open window and leaned out across the sill, faint and sick. Dropping the handkerchief upon the dead man's neck the coroner stepped to an angle of the room and from a pile of clothing produced one garment after another, each of which he held up a moment for inspection. All were torn, and stiff with blood. The jurors did not make a closer inspection. They seemed rather uninterested. They had, in truth, seen all this before; the only thing that was new to them being Harker's testimony.

"Gentlemen," the coroner said, "we have no more evidence, I think. Your duty has been already explained to you; if there is nothing you wish to ask you may go outside and consider your verdict."

The foreman rose — a tall, bearded man of sixty, coarsely clad.

"I shall like to ask one question, Mr. Coroner," he said. "What asylum did this yer last witness escape from?"

"Mr. Harker," said the coroner gravely and tranquilly, "from what asylum did you last escape?"

Harker flushed crimson again, but said nothing, and the seven jurors rose and solemnly filed out of the cabin.

"If you have done insulting me, sir," said Harker, as soon as he and the officer were left alone with the dead man, "I suppose I am at liberty to go?"

"Yes."

Harker started to leave, but paused, with his hand on the door latch. The habit of his profession was strong in him — stronger than his sense of personal dignity. He turned about and said:

"The book you have there — I recognize it as Morgan's diary. You seemed greatly interested in it; you read in it while I was testifying. May I see it? The public would like — "

"The book will cut no figure in this matter," replied the official, slipping it into his coat pocket; "all the entries in it were made before the writer's death."

Literatura Norteamericana

As Harker passed out of the house the jury re—entered and stood about the table, on which the now covered corpse showed under the sheet with sharp definition. The foreman seated himself near the candle, produced from his breast pocket a pencil and scrap of paper and wrote rather laboriously the following verdict, which with various degrees of effort all signed:

"We, the jury, do find that the remains come to their death at the hands of a mountain lion, but some of us thinks, all the same, they had fits."

Chapter IV An Explanation From The Tomb

In the diary of the late Hugh Morgan are certain interesting entries having, possibly, a scientific value as suggestions. At the inquest upon his body the book was not put in evidence; possibly the coroner thought it not worth while to confuse the jury. The date of the first of the entries mentioned cannot be ascertained; the upper part of the leaf is torn away; the part of the entry remaining follows:

"...would run in a half—circle, keeping his head turned always toward the centre, and again he would stand still, barking furiously. At last he ran away into the brush as fast as he could go. I thought at first that he had gone mad, but on returning to the house found no other alteration in his manner than what was obviously due to fear of punishment.

"Can a dog see with his nose? Do odours impress some cerebral centre with images of the thing that emitted them? ...

"Sept. 2. — Looking at the stars last night as they rose above the crest of the ridge east of the house, I observed them successively disappear — from left to right. Each was eclipsed but an instant, and only a few at a time, but along the entire length of the ridge all that were within a degree or two of the crest were blotted out. It was as if something had passed along between me and them; but I could not see it, and the stars were not thick enough to define its outline. Ugh! don't like this."

Several weeks' entries are missing, three leaves being torn from the book.

"Sept. 27. — It has been about here again — I find evidences of its presence every day. I watched again all last night in the same cover, gun in hand, double—charged with buckshot. In the morning the fresh footprints were there, as before. Yet I would have sworn that I did not sleep — indeed, I hardly sleep at all. It is terrible, insupportable! If these amazing experiences are real I shall go mad; if they are fanciful I am mad already.

"Oct. 3. — I shall not go — it shall not drive me away. No, this is my house, my land. God hates a coward....

"Oct. 5. — I can stand it no longer; I have invited Harker to pass a few weeks with me — he has a level head. I can judge from his manner if he thinks me mad.

"Oct. 7. — I have the solution of the mystery; it came to me last night — suddenly, as by revelation. How simple — how terribly simple!

"There are sounds we cannot hear. At either end of the scale are notes that stir no chord of that imperfect instrument, the human ear. They are too high or too grave. I have observed a flock of blackbirds occupying an entire tree—top — the tops of several trees — and all in full song. Suddenly — in a moment — at absolutely the same instant — all spring into the air and fly away. How? They could not all see one another — whole tree—tops intervened. At no point could a leader have been visible to all. There must have been a signal of warning or command, high and shrill above the din, but by me unheard. I have observed, too, the same simultaneous flight when all were silent, among not only blackbirds, but other birds — quail, for example, widely separated by bushes — even on opposite sides of a hill.

Literatura Norteamericana

"It is known to seamen that a school of whales basking or sporting on the surface of the ocean, miles apart, with the convexity of the earth between, will sometimes dive at the same instant — all gone out of sight in a moment. The signal has been sounded — too grave for the ear of the sailor at the masthead and his comrades on the deck — who nevertheless feel its vibrations in the ship as the stones of a cathedral are stirred by the bass of the organ.

"As with sounds, so with colours. At each end of the solar spectrum the chemist can detect the presence of what are known as 'actinic' rays. They represent colours — integral colours in the composition of light — which we are unable to discern. The human eye is an imperfect instrument; its range is but a few octaves of the real 'chromatic scale.' I am not mad; there are colours that we cannot see.

"And, God help me! the Damned Thing is of such a colour!"